



# COLOQUIO DEL VIENTO Y LA BOLA DE PIEDRA

EL VIENTO.—Oye, guapa. ¿No sois ya demasiadas bolas de piedra en este Monasterio de El Escorial? ¡Total, todas iguales!

LA BOLA DE PIEDRA.—¡Todas iguales! ¡Qué gracioso! Hablas como lo que eres: un pinta, un empleado municipal de clase ínfima en el extrarradio del Señor, un mal barrendero y el hazmerreír de las estrellas. ¡Anda y vete a paseo!

EL VIENTO.—Lo sabes tú de sobra que tengo otros oficios y me gano muy buenos jornales.

LA BOLA DE PIEDRA.—Lo que tienes tú es mucho cuento. Un día, que si molinero en la Mancha y Holanda; otro día, que si navegante de Siete mares; otro día, que si maestro de música. ¡Pamplinas!

EL VIENTO.—¿Quieres tú que te silbe la Canción de las Sirenas?

LA BOLA DE PIEDRA.—¡Hala y vete a silbar a los cerros, criminal, vicioso!

EL VIENTO.—¿Yo? ¿Eso dices?

LA BOLA DE PIEDRA.—Tú, ya se te conoce, a tirar puñaladas que no se ven, a echar al otro mundo a tanta gente honrada. No digamos lo que presumes de Don Juan y de que nadie, como tú, juega con fuego sin quemarse.

EL VIENTO.—Yo soy como el Espíritu, que sopla donde quiere. Aun puede ser que sea yo el Espíritu mismo.

LA BOLA DE PIEDRA.—Lo que tú eres, toda la Vanidad del mundo.

EL VIENTO.—La Piedra, de que tú naciste, si que es la Vanidad. Pero, a mí, piedrecitas, no. Un día he de jugar a carambolas con todas vosotras. He derribado muchas altas torres. No te olvides que yo tiré abajo Babel.

LA BOLA DE PIEDRA.—Era de ladrillo. No presumas.

EL VIENTO.—¡Qué se me da a mí, tú o Babel!

LA BOLA DE PIEDRA.—Pues, ¿por qué me rondas y me quieres buscar las vueltas? ¿Por qué andas siempre como enamorado de mí? Siempre me estás circunvolando. Mi forma es lo que más te gusta de este mundo.

EL VIENTO.—Eso lo sabes tú, maldita, porque te lo he dicho mil veces: me gustas. Y, si te quisieras casar conmigo, me haría redondo para siempre. Me convertiría a tu amor. Pero eres dura y orgullosa. Te sientes demasiado perfecta.

LA BOLA DE PIEDRA.—Por toda esta tierra alrededor, te pones a soñar conmigo y te agitas en sueños por mi Imagen.

EL VIENTO.—¿Cómo sabes tú eso?

LA BOLA DE PIEDRA.—Lo sé. Todas las piedras redondeadas que, por este paisaje de El Escorial y hasta más de Villalba, se ven, no son obra del Agua, sino tuya. Un sabio lo dijo: "Son piedras labradas y torneadas por el Viento."

EL VIENTO.—¿Y eso qué?

LA BOLA DE PIEDRA.—Pues que tú llevas años, siglos, queriendo hacer, por esos descampados, una sola bola perfecta y no lo has conseguido. Eres un Pigmalión fracasado. Por ahí tienes tus innumerables intentos perdidos; millares y millares de piedras que te has esforzado en redondear, sin poder llegar nunca a realizar la perfección, tu sueño, que es mi Imagen.

EL VIENTO.—Es verdad. Bola; no lo he conseguido. Soy buen músico y navegante y no mal molinero. Pero en esto de la cantería no me salen las cosas a mi gusto. Tú debes por eso compadecerme y ser buena conmigo.

LA BOLA DE PIEDRA.—Eres violento de carácter y muy frío de corazón, lo más del año. Cuando te da la furia, quieres arrancar las pizarras y armas aquí un tiberio de los demonios. Tocas las campanas a deshora y un día torciste la flecha de la Cúpula. Entrás, aquí, en la Lonja, muchas veces, sin educación. Además, yo no soy para ti. Yo soy una Señora Forma Universal y tú no eres más que un Elemento, el más loco, el más disparatado de los Cuatro.

EL VIENTO.—Y por eso te quiero. Tenerte a ti es lo mismo que tener un mundo. ¡Vales un mundo!

LA BOLA DE PIEDRA.—¿Tú te crees que soy tonta?

EL VIENTO.—Me acuerdo yo cuando nacías, fresca de martillos y cinceles. Todo esto eran toldos al sol para canteros, andamios de pino, carros cargados, grúas, rodillos y planos inclinados. Me parece estar viendo a aquel Don Juan de Herrera, que parecía un Duque. Mandaba a caballo la arquitectura, como una batalla católica, o la gobernaba, esnada al cinto, como una Provincia del Rev. Vinieron entonces, para labraros a vosotras las piedras, oficiales vizcaínos, portugueses y de la Montaña. Para el asunto, lo mejor del Reino.

LA BOLA DE PIEDRA.—Otros portugueses, vizcaínos y hombres de la Montaña, habían ido descubriendo toda la redondez del planeta, hasta la nao "Victoria", hasta el latín de Sebastián Elcano: "Primum circumdidisti me". Fue la Primera Vuelta al Mundo.

EL VIENTO.—¿Qué dices de Sebastián ni de "circumdidisti"? El primero que dió la vuelta al mundo con la Rosa en la mano —la que dicen Rosa de los Vientos—, fui yo, porque sólo hay un Viento, hijo único del Mar y de la Tierra, ahijado del Eter y del Fuego. Yo soy toda la historia de la Civilización de este planeta oscuro. Empecé con Cadmo por difundir el alfabeto a vela, y aun seguía tan fresco con Rouzainville. Si a mí me gusta El Escorial, es porque todo está coronado de esferas de piedra, sobre pirámides truncadas, como globos terráqueos. ¡Toda esa redondez es mía! Yo la descubrí. Yo la civilicé. Valgo yo por todos los navegantes juntos.

LA BOLA DE PIEDRA.—Ahora se navega sin tí: con el Vapor, con el Petróleo.

EL VIENTO.—A buena hora, mangas verdes; cuando había yo hecho todo lo que valía la pena, hasta aburrirme.

LA BOLA DE PIEDRA.—¿Y cómo hiciste todo aquello?

EL VIENTO.—Un capricho. Cuando tenía yo pocos años, mi madre la Tierra no me dejaba pasar de la playa, pero un día vi, desde lejos, a Venus que nacía del mar. No la pude seguir y se me escapó, la condenada. Por encontrarla, inventé yo el navío como un monstruo de leño formado del corcel, del pez y del ave y soplé al hombre obtuso la invención. Con el navío y con el hombre, me he pasado milenios en el trabajo y la pasión de hojear el mundo para buscar a Venus Marinera. ¡Todo ha sido inútil! ¡No la hallé nunca! Pero, de paso, hice la Historia Universal.

LA BOLA DE PIEDRA.—¡Ay, pobre Viento mío!

EL VIENTO.—Desde entonces, yo me consuelo, me divierto un poco en jugar con las formas universales. Tú eres una de tantas. Y, para alguna tarde que uno viene, creo que tú, Bola de Piedra, podrías ser un poco más simpática.